

El presidente Chávez ha extendido la invitación a los venezolanos a debatir sobre la idea de un “socialismo del siglo XXI”. Si bien es cierto que una tal invitación coincide con los avances de nuestro presidente, en su intento sostenido por hacerse con el liderazgo continental –para algunos, planetario– frente a la política norteamericana, más ocupada esta última en aventuras militares en territorios un tanto lejanos para nuestras preocupaciones inmediatas y cotidianas, no es menos cierto que hoy en día se impone una definición más clara sobre el tipo de sociedad en la que nos ha tocado vivir. Y ello exige ciertamente que nos detengamos en la discusión sobre el tipo de sociedad que tenemos y a la que aspiramos tener.

Ahora bien, la cuestión luce poco clara cuando desde las alturas del poder se nos propone una idea preconcebida que, lo mismo hace referencia a Jesucristo, como el primer socialista de la historia y a Simón Bolívar, su continuador en la época de la independencia latinoamericana, como a los fundadores del marxismo-leninismo en pleno siglo XIX. Nos percatamos entonces que el desafío es de talla para nosotros, investigadores y profesores de sociología y politología. Porque no podemos eludir y pasar por al lado de un asunto que nos compete directamente.

En un país, donde quienes, por su ocupación o preocupación, poseen –o deberían poseer– los conocimientos prefieren, al parecer, abstenerse de emitir su opinión y, en cuanto a nuestros estudiantes, particularmente de las nuevas generaciones, se mantienen ausentes del debate, sea porque desconocen a los clásicos del marxismo, o bien, no les interesan ideas que, según ellos, son herencia de un pasado al que prefieren dejar definitivamente atrás.

La invitación presidencial a debatir encuentra así unos cuantos obstáculos “naturales” y, aceptémoslo, de talla. Y es que en el mundo globalizado de hoy, las propuestas de carácter ideológico chocan con el universo de intereses sociales y políticos significativamente desideologizados. Es por ello que en las luchas civiles cotidianas el tradicional clivaje sociopolítico derecha/izquierda ya no sirve más para identificar los discursos y las acciones de los actores políticos. Y hasta los partidos y movimientos, que en su tiempo canalizaron las aspiraciones de vastos conglomerados humanos, hoy en día lucen incapaces de movilizar a los ciudadanos en torno de propuestas ideológicas movilizadoras. De aquí que el debate sobre tales cuestiones haya sido confinado a espacios universitarios y privados, en los que excepcionalmente se ha venido cultivando y manteniendo el espíritu crítico, estímulo necesario para avivar las preocupaciones intelectuales.

Leemos en un texto reciente hasta qué punto los intelectuales latinoamericanos y la política han tenido una relación complicada. En efecto, los intelectuales en nuestro medio casi siempre han sido considerados entrometidos, si no intrusos, en asuntos que, para los líderes políticos de turno, les deberían mantener ajenos:

*Cuando los intelectuales se ubican junto al poder político, puede darse muy rápidamente una situación en la que al compromiso con la verdad y la razón se le sumen intereses políticos. El discurso acerca de la libertad frente a la autoridad se verá entonces influido y hasta sustituido por imperativos políticos (...) el protagonismo de los intelectuales latinoamericanos en la sociedad y en la política fue posible porque, hasta muy poco tiempo atrás, las sociedades se caracterizaban por una pequeña minoría con una formación buena y una gran masa de iletrados donde la retórica y el personalismo ejercían una gran influencia sobre el estilo político (W. Hofmeister y H.C.F. Mansilla, *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, 2003).*

¿Cómo replantear esa relación conflictiva entre un liderazgo, supuestamente seguro de sí mismo, y el conjunto de pensadores e investigadores, desplazados de la política pública? ¿Cómo traducir en la práctica las mejores ideas, producto del debate cotidiano, por principio excluido de las acciones y decisiones de un poder que, se nos advierte, autosuficiente? Admitamos que en este campo, más que en ningún otro, los aportes y avances casi siempre representan posiciones divergentes. Ello deriva de su naturaleza específica. A ello se debe también el hecho de que la invitación oficial no haya influido en modo alguno, sea en la agenda de quienes en nuestro país viven del trabajo intelectual, o bien en la marcha de los asuntos gubernamentales, más ocupados estos últimos en encauzar pretensiones “revolucionarias” insólitas, estrechamente vinculadas con un requerido “pensamiento único”, el mismo que, se nos repite, está destinado a dar vida al “partido único de la revolución”, de inspiración presidencial.

En este sentido, los politólogos y sociólogos venezolanos, en tanto ciudadanos de este país, no podemos sustraernos de un debate de ideas, que debemos vincularlo urgentemente con el proyecto de sociedad que queremos, debate que es preciso abordar con las armas de la crítica disponibles. Parfraseando a Régis Debray, las armas de la crítica no pueden ceder el espacio ganado a la “crítica de las armas”. La promoción y defensa de cuestiones tales

como el pluralismo democrático, las libertades públicas, el gobierno de las leyes, el respeto de los derechos humanos, la división de poderes, se ha pretendido sustituirlas desde las cimas del poder una idea vaga, más abstracta que real, de un “nuevo socialismo”, llamado a encarnar, ahora sí, el ideal de un fantástico “hombre nuevo”, deben asumirse como parte relevante de nuestro trabajo intelectual específico. La desmitificación de las “verdades” del poder constituye una tarea inaplazable en nuestro trabajo de todos los días.

En la medida en que la política aparece subordinada a los planteamientos voluntaristas del “nuevo ideal nacional”, la misma parece desterrada de las motivaciones de los poderosos de turno. Nuestra posición, durante los ocho años de esta Venezuela de Chávez, no ha podido ser otra que la de resistir desde nuestros reductos intelectuales a un proyecto presidencial que ya en nuestros días va dejando de lado los ropajes democráticos para vestir ahora sí los de un autoritarismo militar, que revive en nuestro país fórmulas personalistas fracasadas del pasado siglo y que nada tienen que ver con el socialismo que hemos conocido y estudiado y menos con los ideales de los luchadores sociales de la izquierda latinoamericana.

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado.

KARL MARX

Alfredo Ramos Jiménez
Director